



Hacia ningún lugar

Asia y Oceanía

Capítulo 1

Filipinas, por fin en Asia

“Quien regresa de un viaje no es la misma persona que partió”,

Proverbio chino.

Después de tres escalas en aeropuertos de Chile, Nueva Zelanda y Australia, finalmente se asomaron ante mis ojos los anhelados paisajes asiáticos, y mis pies pisaron las islas Filipinas, las cuales causaron una sensación explosiva en mi corazón, como si con cada palpito se me quisiera salir del pecho. Me sentía orgulloso de lo que había alcanzado hasta ese momento. Era un sueño de crío, algo que veía cumplido, una aventura que entonces vivía día a día con asombro. Attendía al llamado de la vida como si esta se revelara en un viejo libro, lleno de polvo, que me abría sus hojas para enseñarme el camino. Muchas preguntas y respuestas por resolver, muchas letras en diferentes idiomas por interpretar, para, tal vez, dar con el sentido de la vida, de mi viaje, de mi propia existencia.

Catorce distritos conformaban el extrarradio de Manila, la capital. Al llegar, me dirigí en taxi a Malate, un barrio de bajo presupuesto con mucha vida nocturna; luces de neón, bares y prostíbulos de toda índole. Fue paradójico, pues a mi llegada me pregunté qué podía tener de interesante aquel lugar, ya que solo veía niños mendigando en las calles, viviendo en cajas de cartón, y que se agolpaban en los cristales de los restaurantes mientras yo comía. Me fue muy difícil digerir todo aquello en mi primer contacto. Era una ciudad llena de contrastes; ruidosa, congestionada y sucia, que vivía en una pobreza desbordada. Sin embargo, armado de valentía visité algunos barrios marginales, aunque debo reconocer que lo que vieron mis ojos sobrepasó mis expectativas. La imagen de paraíso que tenía de aquel país se diluyó entre sudor y lágrimas. Pensé en esos momentos que ningún ser humano merecía vivir en aquellas condiciones. Aun así, la intuición me decía que, en alguna de sus islas, lejos de la turbia ciudad, encontraría el paraíso que anhelaba.

De todas maneras, visité el casco antiguo de intramuros, el distrito amurallado de la ciudad, que era el centro original de comercio, educación y gobierno de las Filipinas españolas. Los cocheros tiraban de las calesas mientras yo caminaba por las calles adoquinadas evocando el pasado colonial. Un paseo agradable donde me encontré la catedral, el palacio del gobernador, la iglesia y museo de San Ignacio. Allí, en la prisión galería santuario, ubicada en el Fuerte Santiago, estuvo encerrado hasta su muerte uno de los líderes de la revolución contra los españoles, José Rizal.

Después de conocer el distrito central de negocios, con sus centros comerciales y rascacielos, y ver con mayor claridad tanto la riqueza como la pobreza extrema, en una ciudad de contrastes, saqué un boleto de avión hacia Puerto Princesa, en la isla de Palawan. Nada más pisar tierra ya estaba en la bahía con la intención de explorar las islas de Honda Bay, luego me dirigí al pueblo de Sabang para conocer el río navegable bajo tierra, en la boca del estómago de la montaña.

El viaje por aquella isla requirió de paciencia, pues en pocos días había tomado diferentes medios de transporte por tierra y mar, desde triciclos motorizados, buses urbanos, jeepneys, hasta bancas de bambú o pequeñas lanchas. Una vez allí, recorría la isla en moto de alquiler o a pie; siempre acompañado de la sonrisa de los niños y gente afable, dispuesta a ayudar. Fue un cambio total a lo vivido en Manila. Entre las palmeras y la exuberante vegetación atravesé en moto la playa de San Vicente, que estaba virgen, vacía y desocupada. Recorría sus siete kilómetros pegado a la orilla del mar, sobre la refulgente y dura arena, dándole caña a la motocicleta hasta meter la quinta marcha o velocidad. Solo yo, con esa moto que avanzaba en una carrera solitaria. Me sentía respirando un aire ensoñador, bañándome desnudo en aquellas aguas, mientras una sensación de libertad se apoderaba de mi al recorrer la isla en la que me sentí como un pájaro que había volado y dejado su nido. En el nido vi un rincón del mundo repleto de luz y belleza, con sus formaciones kársticas solubles emergiendo del mar, e infinidad de idílicas islas de agua esmeralda.

Todo era tan hermoso que fue como un suspiro. Y, al fin y al cabo, me sentó tan bien aquella corta estancia que decidí salir del país para volver más adelante y conocerlo con más calma.

Capítulo 2

Territorio Penan

El sol de mediodía pegaba con fuerza en las calles de Kuching, la capital del estado de Sarawak, en la isla de Borneo, Malasia. Sin embargo, al atardecer, cuando la canícula había cesado, salí a la orilla del río con la intención de embarcarme sin rumbo fijo, viajando sin GPS, como era mi costumbre.

Navegábamos por el río Rajang, el más largo de Malasia, en una gran embarcación. Había una ruta convencional que seguíamos, y luego el barco salió mar adentro bordeando la región del sur de China meridional para entrar de nuevo en este estuario. Casi sin darme cuenta, transcurridas cinco horas, alcancé Sibú, la primera ciudad de camino a la selva, donde me topé con una realidad que me sobrepasaba. Pude ver, frente a frente, el devastador efecto de la ambición humana sobre la naturaleza. En el trayecto vi buques cargados de madera. Era una escena monótona de remolcadoras halando barcazas repletas de troncos en una procesión macabra. Estaban acabando con la selva, y todo acontecía allí, ante mis ojos, con una naturalidad escalofriante. Pero hasta ese momento, solo había visto una cara del problema.

Sibú está ubicada a la orilla del río Rajang. Es una ciudad de edificios enmohecidos. Esa noche, al llegar, dormí en uno de ellos; no diferenciaba bien si el hotel era malayo o chino. Subí las escaleras luminosas y ocupé un cuarto donde permanecí por varios días. Normalmente, cuando despertaba salía a caminar. Podía ver a lo lejos la majestuosa elevación de una pagoda y el trasiego de los barcos cerca del muelle. Un día, temprano en la mañana, llegué al embarcadero con la intención de continuar mi viaje.

En los mostradores cada compañía tenía un cartel que señalaba los destinos y la aguja de un original reloj marcaba la hora de salida de cada barcaza. Los pasajeros debían escoger la hora acorde con el día y comprar su billete. Aquella mañana estaba impaciente. Subí a la alargada embarcación que me correspondía, en cuyo interior se ubicaban tres asientos a cada lado, el pasillo en el medio y el aire acondicionado a tope refrigerando la cabina.

Mi curiosidad me llevó a salir afuera, y haciendo equilibrio por una pieza de paso largo y estrecha, de un salto trepe al techo de la barca. Dos pasajeros se me habían adelantado. Cogí una bolsa de carga que me sirvió de cabecera y me recosté. Íbamos muy rápido a pesar de los troncos que flotaban sueltos

en el agua y que eran esquivados con maestría. Arriba, en cubierta, se podía observar la selva, que siempre estaba ahí; viva, presente. El cielo cambiaba. A veces la luz era directa, en ocasiones las nubes se juntaban como anunciando una tormenta. Todo podía volverse torrencial en un instante. El color oscuro de las aguas bajo el verde profundo de la jungla colmaba mi espíritu. Sentía una atracción que lo superaba todo. El viento pegaba en mi rostro, y me recordaba que estaba vivo; mirase donde mirase solo veía un tapiz verde.

Llegado a aquel punto, rendido ante lo evidente, respiré profundo y estiré las piernas. El ambiente me conducía a un estado de atenta somnolencia. Ayudaba el clima caluroso, húmedo, propenso a la lluvia. Sobre el techo esperaba la tormenta con las manos abiertas como un cuenco vacío, pero ésta no llegaba. La barca hacía paradas, aunque no hubiera embarcadero, y avanzaba ferozmente por los poblados a lo largo del río; mientras tanto, yo veía las largas casas comunales, levantadas sobre pilotes, con un único techo, que podían albergar a muchísimas familias.

Finalmente, llegué al embarcadero de Kapit, una pequeña ciudad en medio de la selva, accesible solo por el río. Desde Sibú había recorrido unos ciento treinta kilómetros hasta allí. Tenía la intención de parar unos días y luego seguir río arriba hasta Belaga, un lugar lo suficientemente lejos como para estar fuera de toda ruta, porque sentía el deseo de ir lo más lejos posible, de extinguirme en la distancia y perderme hasta que los brazos de agua se diluyeran por completo, pero en el fondo, mi verdadero anhelo era ir al encuentro de las tribus de Borneo, y aunque era consciente de mi limitación —pues el dolor de mi pierna era a veces muy intenso— me era necesario continuar, y lo hacía con valor y entereza. No sabía con certeza a dónde me dirigía. No había plan alguno trazado, solo miraba al frente sobre el río Rajang, guiado por mi instinto voraz de aventura.

En el embarcadero de Kapit había mucho ajeteo. La gente llegaba en piraguas de madera a los mercados desde sus casas comunales. La ciudad despertaba sobre las siete de la mañana, a las cinco de la tarde todos desaparecían. No había mucha gente con quien hablar, entonces decidí hacerlo con un empleado del hotel para saber cómo continuar hasta Belaga.

—Quiero llegar a Belaga, lo antes posible—le dije.

—Lo siento, eso no puede ser. El río no lo permite. Es peligroso para los botes, porque el caudal del agua está muy bajo. Tendrá que esperar uno o dos meses, quizás hasta octubre, cuando lleguen de nuevo las lluvias. La ley de la jungla impera aquí —dijo el joven.

La conversación no duró ni un minuto más. Dos días me bastaron para saber que nadie podía darme una respuesta certera. Definitivamente tenía que abandonar mi aventura por el río y volver a Sibú. De regreso me acompañaban dos gallinas envueltas en papel periódico y una frustración enorme. Fue un durísimo golpe para mí. Bueno, no todo sale como uno quiere, me dije. Y, sin embargo, fue difícil aceptarlo en aquel momento. Desilusionado, sentía que mi viaje por Borneo había sido inútil.

De nuevo en Sibú, viajé por la carretera de la costa hacia Miri. El calor y la humedad eran intensos. Lo único que veía a mi alrededor era un desierto verde, en un mustio paisaje de plantaciones de palma de aceite, millones de hectáreas devastadas por la estupidez humana. Llegando a Miri me preguntaba qué más podía encontrar.

Una vez en Miri, atravesé un camino estrecho por el campo, bajé un pequeño repecho y salí a una amplia carretera. Caminé un rato hasta que vi un centro comercial donde encontré un local con internet en el segundo piso. Allí apunté los datos de mi nuevo alojamiento y localicé después la dirección. Y fue ahí, en el hostel, donde conocí a Sofía, una fotógrafa portuguesa que vivía en Inglaterra, y que tenía la intención de realizar un documental sobre las tribus penan de esa región.

Después de haber sentido tanta desilusión al no poder seguir avanzando por el río, el encuentro con Sofía me llenó de esperanza y alegría, ya que en el fondo mi deseo era el mismo: conocer a las últimas tribus nómadas de Borneo. Y encontré quién me llevara. Le dije que quería acompañarla y ella accedió. Solo tenía que seguirla.

Una avioneta nos esperaba en la lluviosa y nublada pista. A las ocho de la mañana se encendió el motor, las hélices giraron y las alas se elevaron sutilmente sobre la selva. Una vez en el aire, un gran nubarrón nos tapó por un momento; la lluvia golpeó ferozmente a la nave, que se agitaba en la turbulencia. Seguimos surcando el cielo hasta que, de repente, volvieron a aparecer los rayos del sol. Ahí pude ver la selva atravesada por el río, que ondulaba como una serpiente. Quedé boquiabierto. Era profunda, densa, silenciosa. No me cansaba de mirarla.

Luego de unos cuarenta y cinco minutos de vuelo, divisamos una senda de tierra en medio de la jungla. La avioneta pasó de largo, dio un giro de 180 grados y encaró nuevamente la diminuta pista de aterrizaje. Aún recuerdo la visión frontal con la jungla engullendo nuestra pequeña avioneta. Habíamos llegado a Long Seridan, territorio penan, un asentamiento de Kelabit en la división Miri de Sarawak, Malasia.

En la misma entrada de la pista una comitiva nos recibió. Era un grupo de indígenas vestidos de militares, pero quien realmente llamó mi atención fue una anciana que permanecía sentada esperando en un banco. Llevaba los lóbulos de sus orejas dilatados casi hasta el hombro y su cuerpo estaba lleno de tatuajes.

Una mujer, que trabajaba en el aeródromo, nos esperaba; ella nos llevó hasta su casa donde esperamos a un joven que nos guió hasta una pequeña colina, y una vez en la cima, seguimos por un camino que nos condujo, en poco tiempo, a un campamento temporal penan en el que vivían varias familias, establecidas en diferentes chozas. Una de ellas nos acogió.

El primer contacto no fue fácil. No sabíamos cómo actuar. Durante un tiempo los penan permanecieron de pie frente a nosotros en posición de descanso. Algunos apoyaban la mano sobre su mentón, otros mantenían los brazos cruzados y otros en la cintura. Miraban especialmente a Sofía. Observaban, inmóviles, su cuerpo lleno de tatuajes. Parecían buscar un signo de pertenencia a algún grupo familiar, aunque esto es solo una conjetura. La verdad es que ni Sofía ni yo supimos qué pasaba por sus pensamientos.

Después visitamos otro clan. Unos palos y una lona impermeable formaban su hogar. Permanecimos sentados allí, Sofía sentada en posición de loto, yo recostado. Un anciano contaba historias mientras fumaba su pipa. Llevaba un taparrabos de plumas, sus pies y sus manos estaban adornados con muchas pulseras. Su mujer sacó una bolsa que contenía harina de sagú, la mezcló con agua y esta adquirió un color marrón gelatinoso. Hizo unas bolitas pequeñas con la pasta y las introdujo en la boca de su bebé dormido.

Me sorprendió cómo podía comer estando tumbado hacia arriba. Los presentes no tardaron en soltar las primeras carcajadas ante mi asombro. Ese fue el primer indicio de comunicación entre nosotros; mis acciones eran extrañas, cómicas, para ellos, y para mí era extraño ver lo que pasaba. Sin embargo, la risa era una especie de vínculo incipiente, una posibilidad de estar más cerca. Éramos diferentes, pero todo estaba bien. La mamá sostenía en sus brazos al recién nacido mientras le daba cariñosos golpecitos en la cabeza. La comida pasaba por la faringe y el solete ni se inmutaba, simplemente seguía durmiendo profundamente.

Después volvimos al campamento. Bajamos de nuevo por la colina y llegamos por suministros a la única tienda que había. Allí mismo había un colegio en la que había un programa de educación para los niños penan. Ya que eran bastante extensas las distancias por recorrer entre la escuela y los poblados; los críos vivían internados durante el calendario escolar, por

aquella razón los penan tenían su refugio instalado arriba en la colina. Se habían trasladado solo para estar cerca de sus hijos. En las largas vacaciones todos regresaban a las profundidades de la selva. Cotidianamente se les podía ver merodeando alrededor del cole, de visita en los recreos, haciendo uno que otro trabajo para ganar dinero.

De vuelta a nuestro asentamiento, Sofía y yo nos fuimos a dormir. La familia que nos acogió era callada, poco numerosa, tan solo un matrimonio y su hija. La niña permanecía recostada cerca de sus padres. Algo en ella me hacía sentir bien. Su presencia era como un bálsamo. Sentía que había un angelito a mi lado y que no importaban las distancias. En su mirada estaba el lenguaje común de la atenta comprensión.

En una esquina de la choza había una especie de caja de madera alargada que era mi cama. Las condiciones resultaban muy duras para nosotros. Uno que otro alacrán pequeño nos merodeaba. Sofía dormía al lado mío. Aquella mañana me contó que había soñado que tenía bichos y cucarachas debajo de los pies. Estábamos en un mundo en el que nosotros no podríamos sobrevivir solos por mucho tiempo. Éramos incapaces de unirnos con la selva; desconocíamos sus secretos y estábamos acostumbrados a vivir rodeados de cosas innecesarias que se habían vuelto indispensables.

Aunque me levantaba molido de los huesos, me sentía bien. Los penan estaban en cuclillas cerca de mí sin hablar. Podían permanecer en esa posición durante el tiempo que desearan, con las manos recogidas, y acurrucados como si tuvieran frío. Vivían en un estado diferente al nuestro. De fondo uno alcanzaba a intuir un invisible vínculo que los unía con la naturaleza. Eran receptivos, atentos y sensibles, incapaces de levantar la voz. Durante el tiempo que permanecí en el campamento todo aparentaba estar bien. No obstante, tras el recuerdo de las barcazas cargadas de troncos y la conciencia de que esta cultura se encontraba amenazada por la ciega ambición humana; supe que toda su armonía tenía origen en un sutil equilibrio entre los penan y su entorno, y que dicho equilibrio, que yo tenía la fortuna de presenciar, estaba en grave riesgo.

Sofía propuso que saliéramos en busca de algún poblado más al interior. Partimos tan pronto como pudimos. Primero debíamos atravesar una distancia de unos ocho kilómetros por la carretera de la selva antes de tomar un desvío. Resultaban enormes distancias para mí, ya que debía tener cuidado con mi pierna. Un cojo en plena selva no es el ser más afortunado.

Dos jovencitos penan y la niña con la que vivimos en el campamento nos acompañaron. Arau y Asik eran los nombres de los chicos que súbitamente

se habían convertido en nuestros guías. Eran jóvenes, activos, sus cuerpos eran fibrosos como el ápice de un tallo. Había profundidad en sus miradas como en la hondura de la selva. Eran libres: oteaban, deseosos, el horizonte como si necesitaran adentrarse en la espesura para vivir. Era como si la selva encerrara un montón de secretos, visibles para ellos.

Pensé que sería mejor pasar aquel primer tramo sin forzar mi pierna. Por eso decidí pagarle al hijo de la señora de la tienda para que nos acercara en su camioneta. El camino era de tierra y en él nos cruzamos con algunos penan que iban a cazar con la cerbatana en la mano. Nos detuvimos para saludarlos. Ingenuamente alargué mi mano para tocar las flechas que guardaban en su aljaba de cuero, pero rápidamente uno de los penan tomó mi mano y frunció el ceño al tiempo que intentaba explicarme que estaban impregnadas de un látex venenoso procedente de un árbol del bosque. Aquella sustancia podía matar a un hombre. Tomó entonces la cerbatana como demostración; sopló en seco y la pequeña flecha salió disparada para clavarse en un árbol a unos quince metros de distancia. Acto seguido lo intenté yo: soplé con todas mis fuerzas, pero el dardo voló apenas dos metros. Una vez en la selva, los penan caminaban despacio vigilando las copas de los árboles, al acecho de alguna presa. Todo lo que cazaban lo dividían. Compartir es una obligación, así que no hay una palabra para “gracias”.

Llegamos al desvío. Allí se detuvo el coche y comenzamos a caminar por la espesura. Al poco tiempo llegamos a una casa donde vivía un hombre llamado Galan. No todos los penan eran nómadas. Este señor, de hecho, hablaba inglés. Podíamos comunicarnos sin problema. Luego de presentarnos nos acomodamos en el suelo de su casa para descansar. A Galan se le solía ver leyendo. Era un hombre de mediana edad que llevaba siempre las gafas de lectura colgadas en su cuello. Cuando se las ponía resaltaba más su corte de cabello tazón.

Observando la sala me detuve en la pared donde colgaba un laúd tradicional llamado sape, tallado en una sola pieza de madera. Galan dejó a un lado el libro, se levantó, tomó en sus manos el instrumento y se puso a tocar para nosotros. Era una música inspirada en los sueños y rituales del trance. Estaba yo, allí, sentado, recibiendo complacido el misterio de la música y el encuentro.

Arau y Asik cogieron un arpón y una red de pescar, bajaron al río, que estaba unos metros por detrás de la casa de Galan. Sofía y yo los seguimos. Arau con el arma de pesca en la mano, se zambullía en el agua y parecía que nunca fuera a salir. Al final subió a la superficie mostrando su lanza vacía. Después

Asik lanzo la red con los mismos resultados, pero, poco a poco, se fueron alejando hasta que prácticamente fueron inalcanzables para nosotros. Sofía y yo decidimos detenernos, pues no podíamos seguir el ritmo. Regresamos a la casa de Galan, que sacó vestimentas, armas de defensa y de caza, instrumentos musicales y un libro de historias penan escrito por él mismo. Galan había trabajado para numerosas cadenas de televisión que habían hecho documentales sobre su pueblo, y por esto hablaba algo de inglés. Al poco tiempo, Arau y Asik llegaron cargados de peces y prepararon una sopa de pescado para la cena.

Ese día anocheció rápido, y con igual rapidez, Arau cogió su cerbatana para salir de cacería en la oscuridad. Parecía apenas una sombra silenciosa: en las noches de luna, sus ojos brillaban como la luz del día. Al rato volvió cargado de ranas y con dos especies de conejos. Y en medio de la algarabía por la batida, Galan sacó un ordenador y lo colocó en medio del comedor; todos nos sentamos de frente a la pantalla, como en el cine, y él puso un documental sobre los penan.

Era la primera vez que ellos, veían un reportaje sobre sus propias vidas; en él que se hablaba la lengua penan y se veía subtulado al inglés, así que podían entender los diálogos. Al principio se reían mucho al ver la torpeza del protagonista extranjero mientras andaba por la selva, yo también me reí, pues, en el fondo, me sentía reflejado en él. Observaban su propio modo de vida, de alimentarse, de trasladarse por la jungla. Todos los ojos estaban puestos en la pantalla del ordenador. Nadie pestañaba. Yo estaba totalmente emocionado e intentaba imaginar qué podían sentir ellos.

Sofía y yo estábamos allí, compartiendo asiento con los penan, que veían en el computador portátil una evidente crónica sobre ellos mismos. No podía dar crédito a lo que estaba sucediendo. Se me puso la piel de gallina. Pasados unos minutos, la historia tomó contenido y empezaron a salir imágenes tomadas desde el cielo. Ellos veían la selva, su hogar, arrasada por la deforestación causada por la plantación de extensos cultivos de palma de aceite. Constataban la tala de árboles milenarios, para ser convertidos en muebles de jardín, y el fin de sus territorios ancestrales. Todo el proceso de la industria maderera quedaba al desnudo; el abuso sexual de sus mujeres por parte de los empleados de las corporaciones, el porqué de sus traslados a otros campamentos, la falta de animales o pérdida de biodiversidad, la corrupción gubernamental... todo cobraba sus justas y escalofrantes dimensiones ante el monitor del ordenador. La ambición de nuestro sistema, que no tiene límites.

Estábamos estupefactos. Los miré y realmente todos sentimos un dolor insondable. Había lágrimas en cada rostro. La selva no emitía sonidos entonces; era un silencio sepulcral. El mundo se nos venía encima y era como si el peso de la culpa y la estupidez humana recayera sobre nosotros, que hacíamos parte de ese sistema. Sin poderlo evitar, lloré. No sabía dónde esconderme ni a dónde mirar. No podía creer que aquello sucediera en ese preciso momento... Sin embargo, debía reponerme, continuar. Sacamos el disco documental, nos levantamos y fingimos seguir como si no hubiera pasado nada.

Galan tenía un mapamundi colgado en la pared. Sofía y yo nos aproximamos porque los presentes querían conocer nuestro país, y nosotros queríamos enseñarles a los chicos penan dónde estaba en el mapa, la jungla de Borneo. Me acerqué a darles aquella explicación. Les hablaba en español, Sofía traducía al inglés y Galan lo hacía en lengua penan. Les di una explicación breve haciendo mi mejor esfuerzo:

—Aquí está Borneo, vuestra casa y razón de ser. Pocos lugares similares quedan en nuestro mundo. Este es mi hogar, Europa, donde todo está lleno de edificios, coches, bancos y empresas que controlan nuestras vidas. Ahí vivimos nosotros, seres robotizados como maquinas, adictos al trabajo, ambiciosos y egoístas, presos de nosotros mismos, de nuestro sistema, de nuestras vidas. Vosotros sois libres. Pusisteis nombres a los ríos, a los árboles y al bosque. Vosotros estabais aquí primero y sois ahora los últimos nómadas de Borneo. Vuestra cultura es necesaria, y debe permanecer. Cuando la tala de árboles y bosques se convierta en parte del problema del cambio climático, se calentará el planeta, el oxígeno de la tierra se va terminar, así es como la humanidad se extinguirá. Luchad por el espacio que os pertenece. Sus tribus han dicho: “Las gentes penan no pueden vivir sin la selva, la selva nos cuida, y nosotros, a ella. Si el bosque muere, nosotros morimos con él”.

Esa noche me quedó un sentimiento de tristeza. El mundo que conocía no era el que había soñado. Cada instante me acercaba un poco más a la verdad, a los hechos, al dolor de los pueblos causado por la avaricia del hombre, a la mentira que me vendieron durante tanto tiempo, a los estereotipos. Podía percibir que nos extinguíamos, que no éramos más que una gota de agua remozada en el barro. La verdad era amarga, pero su conocimiento me permitía por lo menos ser parte de quienes sufren, compartir esa tristeza universal y alejar de mi mente la nociva ilusión de la mentira.

Al día siguiente, me levanté esquivando un pájaro que se abalanzó sobre mí. La vida seguía; la luz había salido de nuevo. Decidimos no continuar hacia

el poblado, pues, según Galan, no había nadie en él, sus habitantes eran las mismas personas que estaban instaladas en el campamento que ya habíamos conocido, y que buscaban estar cerca de sus hijos. Galan se ofreció como guía para llevarnos a otro lugar donde vivían, ubicada en sentido contrario. Debíamos pasar de nuevo por el campamento. Al ver mi preocupación por los ocho kilómetros de distancia, Arau y Asik bajaron por la camioneta 4x4. Mientras llegaban, aprovechamos para darnos otro baño en el río. De vuelta, entré en un estado de preparación mental, al día siguiente sería la verdadera jornada, pues teníamos la intención de conocer otra aldea más alejada al interior de la jungla.

Aquella noche estaba nervioso y preocupado porque Galan me dijo que sería difícil para mí la caminata. Yo pensaba que mi pierna no respondería de la mejor manera. Galan decía que atravesaríamos montañas, bosques y ríos, por lo que mis posibilidades eran casi nulas. Además, no quería ser una carga para nadie, y menos, poner en riesgo la aventura de mi compañera Sofía, que me había llevado hasta allí. Me puse muy triste porque debía renunciar a la expedición.

Mientras intentaba relajarme, la niña, que no había dejado de acompañarnos, escuchaba una melodía que salía de un viejo transistor. Su presencia, y la música me hacía sentir bien, hasta que fui cayendo en un estado de ensoñación en el que mi alma entró en una especie de trance. Era como si el sonido de la música separara el alma de mi cuerpo, y ésta comenzara a flotar hacia los espíritus de la selva. Estaba viajando. Escuchaba las voces de los árboles y el llamado de los pájaros. El universo había confabulado a mi favor y, al fondo de todo, pude sentir el mensaje: Todo iba a salir bien, mi pierna iba a responder, no había de qué preocuparse.

En efecto, a la mañana siguiente, el clima fue perfecto, cosa que me ayudó a buscar en calma una solución. Galan haría de guía de Sofía y yo me valdría de la ayuda de Arau y Asik. Cuando me dijeron que vendrían conmigo, sentí con honda claridad que en el universo todo está tejido con una sutil delicadeza, como si cada respuesta que nos aborda en el camino estuviera prefijada desde siempre. De repente, el mensaje que me había rondado en el trance era una realidad concreta. Solo faltaba comenzar el camino.

Galan y Sofía se adelantaron. Detrás iba yo con los muchachos. Al rato, la niña apareció corriendo porque quería acompañarnos. Estaba muy contenta. Durante el recorrido, aguanté la primera etapa sin problemas. Llegamos a un enorme río, que atravesamos caminando, con el agua por la cintura. Intentaba dar pasos firmes sobre las piedras. La niña era muy tímida. Yo chapoteaba

jugando con el agua para ganarme su confianza y ella en ningún momento se separaba de mí. A pesar de que mis guías eran dos jóvenes y una niña, me sentía muy tranquilo. Sabía que nunca me abandonarían en medio de la selva. Paramos unos minutos a comer, sacaron un poco de arroz, que llevaban en su mochila de ratán y lo cocinaron allí mismo. Yo canturreaba. Estaba realmente contento y lleno de alegría. De repente, la niña me puso mote. Me llamó Buru-buru, que significa feliz en lengua penan. En adelante, cuando yo cantaba, ella me seguía a paso lento, poco a poco, y con su voz melodiosa entonando mi nuevo nombre.

Galan iba dejando una serie de señales por el camino, signos con los que los penan se comunicaban; cuando nos encontrábamos una doble hoja doblada, una pluma de pájaro, una rama o un palo predispuestos en el camino, nos deteníamos. Yo sugería siempre el lado contrario al indicado, ante lo cual la niña, con infinita piedad y dulzura, tarareaba Buru-buru, señalando con su mano el camino correcto. Ella conocía el camino. De su armoniosa voz solo manaba verdad.

Todas mis fuerzas se concentraban en pisar firme sobre la selva. Conservé mi atención exclusivamente en el camino. Arau y Asik apenas hablaban entre ellos. Aunque eran tímidos, y no nos entendíamos, siempre me seguían, y, a su vez, yo me dejaba guiar por la niña. Ahora pienso que el vínculo que nos mantenía juntos era el amor, ese lenguaje silencioso que nos une con la vida y con nuestros semejantes. Galan y Sofía se habían alejado bastante. Avanzaban sigilosos y escurridizos; ya no se escuchaban los golpes del machete de Galan sobre la maleza. Detrás íbamos nosotros, a una distancia cada vez más amplia. La niña salía de entre las ramas, iba y venía como el viento. Sus piernas no parecían cansarse nunca. En sus manos, de cuando en cuando, traía frutos y nos esperaba sentada jugando al escondite con las hojas del bosque o cantando, “La, la, la, Buru-buru”.

Esa era la medicina que me daba fuerzas para continuar. Mi pie maltrecho cada vez se resentía más. La selva se hacía sentir. El calor era asfixiante. Los gigantescos árboles atajaban cualquier atisbo de luz. Medían más de cincuenta metros y sobresalían, imponentes. Abajo, diminutos hombres, se habrían paso entre la tupida vegetación. Escalamos una montaña y todo se puso cuesta arriba. La muleta se quedaba atrapada en el fango, no podía usarla. En las pendientes más empinadas la mochila me tiraba hacia atrás, y yo, con mi pie equino apenas podía impulsarme. Subí gateando como pude. Arau iba adelante y me ayudaba alzándome con su mano; Asik, desde atrás,

protegía mis falsas caídas empujándome con sus brazos. La niña cerraba el grupo y trepaba la montaña con sus sandalias de playa.

La mayoría de las veces las ramas tenían espinas o astillas secas que hacían de trampa mortal al apoyarme. Las caídas resultaban muy peligrosas. Si me detenía, la pierna se enfriaba y arrancar de nuevo era peor. Necesitaba agua, y bebía de sus botellas de plástico, pues ni una triste cantimplora me había llevado conmigo. Cuando me tiraba en el suelo a descansar, me llenaba de sanguijuelas, que se alimentaban de mi sangre, de las cuales no podía desprenderme, a las que veía como horribles criaturas dispuestas a devorarme.

Todo en aquella selva era gigante para mí: ciempiés, abejas, escarabajos, árboles, batallones de hormigas que me subían por las piernas. Todo me amenazaba. Sin embargo, siempre, unos pasos más adelante, estaba la niña haciendo insignificante toda dificultad con su sonrisa.

Llegamos a la cima y alcanzamos otro río. Fue un oasis para mí. Me tiré de cabeza al encontrarlo, en él pasé un largo rato refrescándome, y recuperé poco a poco las fuerzas; pero la maltrecha pierna, que se había enfriado, ya no me dejaba caminar ni sostenerme por mí mismo. Tenía el pie destrozado, adolorido, inflamado y tieso como el cemento. Los dos muchachos me agarraron con sus brazos, uno a cada lado. Me apoyé sobre sus hombros desconsolado, mordiéndome fuertemente los labios. Ya no podía caminar por mí mismo. La niña iba adelante marcando el camino con mi bastón, pues este ya no me era útil. Yo iba contracorriente, arrastrado, río arriba, por Arau y Asik.

Ni los rápidos, ni los troncos de madera, ni ninguna piedra eran obstáculos. Quienes me llevaban sabían por dónde pisar y a dónde dirigirse. Estaban sincronizados. Eran dos chavales con la fuerza de dos gigantes, quienes sin quejarse ni decir una palabra avanzaban por cualquier camino. Con el pecho al aire y los pies descalzos arrastraban mi pesado cuerpo. Más adelante, la niña nos esperaba cantando, sentada en una roca, jugando a rebotar piedras en el agua. Ella era la magia del bosque, la pureza, la luz. Su mirada cristalina me recordaba que, a pesar de cualquier molestia, todo estaba bien.

Durante un largo tiempo seguimos el curso del río. Arau y Asik intentaban consolarme diciéndome que estábamos cerca. Siempre señalaban al frente, pero yo solo veía selva y más selva, piedras y más piedras, y un río tempestuoso. ¿Cuánto era cerca para ellos? Resultaba difícil creer que unos jovencitos, que ni siquiera conocían su edad, fueran mi única esperanza de vida. No dudaba de ellos y estaba plenamente consciente de que sin su ayuda

no podría salir vivo de la jungla. Ellos me protegieron con sus vidas, sin dudar, con la misma naturalidad con la que nacieron.

Al fin dejamos el río a la derecha y subimos por otro camino hasta que divisamos lo que parecía un poblado, pero era en realidad el hogar de una sola familia. El río hacía un círculo rodeando las chozas. Las montañas guardaban todo un secreto. Árboles milenarios protegían el territorio de la ambición capitalista. Eso supuse. Allí, alejado de toda civilización destructiva, vivían personas libres y felices.

Casi de noche fue mi llegada. Sofía y Galan, que llevaban un buen rato esperándonos, se alegraron. La familia estaba comprendida por el jefe, la mujer y sus tres hijas; trece años la mayor, siete u ocho la mediana y unos tres o cuatro la pequeña. Los demás componentes de la aldea habían salido de caza y podían demorarse días o semanas. Colgué la mochila, relajé la pierna y finalmente pude descansar.

Nuestra presencia fue muy gratificante para las niñas, que enseguida se acercaron a nosotros. Yo, aunque apenas podía caminar, bajé al río que estaba a unos escasos metros. Allí reinaba la calma. Mi pierna iba recuperándose poco a poco con el paso de las horas, pero me atormentaba pensar en el viaje de vuelta, así que aproveché los momentos que la selva me regalaba. Pasaba horas sentado sobre una gigante roca en el río. En la más absoluta intimidad, me tumbaba y reflexionaba. Mi mirada reflejaba nuevamente mis sueños de infancia. Sentía que formaba parte de todo y me invadía un deseo de compartir esa experiencia con alguien, veía a mi alrededor que la vida nacía de la madre tierra y que a ella retornaba. Tras el roce fresco del agua en mis pies, me colmé de una energía que fluía cubriendo de arriba abajo todo mi cuerpo. Todo a mi alrededor era sagrado y aunque, en el fondo, yo no pertenecía a la selva, ella me había abrazado por un instante como a un hijo.

Estar aislado de toda civilización existente me daba una sensación indescriptible. No había lugar en la tierra más sincronizado con la naturaleza. Veía que la luna, el sol, el agua, el fuego..., todos los elementos estaban unidos entre sí, y eso era tan claro en mi interior que, así como recibí el nombre Buru-buru de la niña, así también, como un niño que nombra el mundo por primera vez, le puse un nuevo nombre a cada una de las niñas de la aldea: la mayor fue Luna, luego, Estrella y, por último, la pequeña, Luz Celeste.

En la tarde de nuestra llegada todos estuvimos juntos en la choza, y en la noche, una vieja batería que colgaba de la cabeza del jefe sirvió para alumbrarnos. Saqué mi linterna grande y potente, la acoplé a la cabeza del

hombre y se la ofrecí como regalo, alumbraba cientos de metros. Sofia le regaló la suya a Galan. Finalmente, caí rendido aquella noche.

Al otro día, cuando me levanté encontré a Galan leyendo el diccionario penan-inglés que él mismo había realizado. Abrió una carpeta y sacó mapas topográficos de la jungla. Sabía leerlos y podían buscar nuevos hogares, trasladarse a nuevos campamentos, ir más lejos aún de lo que cualquier hombre pudiera imaginar. Podían convertirse en seres nómadas jamás vistos por el hombre, tribus en aislamiento voluntario. Conocían la jungla a la perfección.

Galan guardó los mapas, calentó agua del río y nos preparó café con galletas. Nos había aprendido qué era lo básico que se necesitaba para una visita a la jungla. Acto seguido despertó Sofia; Galan le había preparado una hamaca, regalo de un amigo australiano. Los días fueron pasando, yo, por las tardes, aprovechaba la tumbona para dormir la siesta, mientras Sofia salía a pasear.

La vida se alternaba entre el río y el hogar. Arau, Arik y la niña, durante el día, desaparecían y luego regresaban cargados de pescados, que colgaban de una liana de árbol. La niña se acercaba a mí cantando “La, la, la, Buru-buru”, y luego le entregaba al jefe de la aldea los peces. Este encendía un fuego y los cocinaba a la parrilla, aromatizados con plantas silvestres.

Después, Arau, Arik y la niña se fueron con Sofia a llevar parte de la pesca a otras familias, ubicadas en una aldea cercana, mientras yo me quedaba con el gran jefe ayudando a preparar la cena. Nunca olvidaré aquellas noches cuando todos cenábamos sentados alrededor del fuego, bajo la luz de las estrellas; aunque dormía en una cama que en realidad eran palos redondos, que se clavaban en mi espalda como puñales, cuando miraba hacia afuera, mientras soplaba un aire húmedo, y escuchaba el croar de las ranas, el melodioso canto de los grillos, el canturreo de los pájaros y la percusión de los monos me sentía tranquilo, porque dormía escuchando la melodía de la selva.

Iba pasando el tiempo. Cuando oscurecía, la jungla nos invitaba a la unión. Una noche, mientras la mamá tocaba un instrumento tradicional de cuerda, Luna y Estrella empezaron a perseguir las sombras al calor del fuego que se proyectaba sobre un techo de uralita, agitaban la cabeza de derecha a izquierda, de arriba a abajo, dando vueltas en círculos. Yo las seguí, como un niño más, y de repente el encuentro se convirtió en una celebración.

Todos danzábamos pataleando, pisando y persiguiendo el espectro. La pequeña, luz celeste, con su inocencia nos enseñó sus cualidades y trepó a

un árbol, aferrándose al tronco con sus pies como garras. Cuando la música terminó, regresé a mi saco de dormir. Entonces, aparecieron más penan. Oía sus conversaciones alrededor de la hoguera, que alimentaban con resina de árbol. Permanecí embrujado por un buen tiempo. Después de un largo rato, todos desaparecieron de nuevo como fantasmas, seres mitológicos, dioses de la espesura. Cerré los ojos y caí de nuevo en la profundidad.

Aunque el esfuerzo del trayecto podía traerme malas consecuencias, decidí adelantar mi regreso. Arau, Asik, la niña y yo salimos un día antes de lo previsto. Sofía se quedaría un día más con Galan. Salimos al amanecer. Una anciana del poblado bajaba con nosotros. Ella hacía equilibrio en los troncos húmedos y musgosos de los ríos; se agarraba fácilmente con sus pies de las piedras redondas cubiertas de algas. No resbalaba ni tampoco se fatigaba. Parecía tener ventosas en los dedos, pues saltaba descalza de uno a otro pegándose a los troncos.

Cuando tenía un poco de sed bebía agua del río con las manos y seguía avanzando confiada, como si lo desconocido estuviera a su favor y la vida fuera apenas un arduo juego de niños que solo se aprende en el tiempo que corresponde a una vida. Pero ella ya lo comprendía. Estaba más allá de toda vacilación, como la pitusa cuando me liberaba de la incertidumbre con su dulce mirada. Pienso ahora que eran un mismo espíritu: una niña que avanzaba con la seguridad de una anciana y una anciana que caminaba con la sagacidad y la frescura de una niña. Antes de despedirnos se desprendió de dos de sus pulseras, talladas al fuego, y las colocó en mi muñeca. La vi alejarse, sola, al ritmo de una endiablada jovencita, mientras yo me rezagaba de nuevo. Era un novato expuesto. Apenas estaba aprendiendo a vivir. Pero, bueno, aunque me resultó difícil hacer equilibrio sobre las rocas del río, todo salió bien.

Aquel espíritu que se manifestó en diferentes formas no solo fue la niña y la anciana, fue también el recuerdo de mi abuela, su amorosa mirada, el amor incondicional que me orientaba siempre por el camino adecuado. Entonces, miré mi mano, vi el amuleto de protección, y sentí que era un hijo más de la selva; yo, que pertencí a ella por un instante. No tenía miedo y bebí agua del río, y ahí encontré el regalo más hermoso: contemplar mi rostro en el espejo de las aguas y saber que los árboles florecen en respuesta al canto de los pájaros.

En Roma, tomé un ferry hasta Palermo. No quería irme de Italia sin conocer esa región, que por siglos ha vivido las épocas de colonización de las civilizaciones más antiguas, ocupada por fenicios, griegos, cartagineses, romanos, bizantinos, normandos, árabes. Una isla ubicada en la Italia insular, separada de la península itálica.